



XVII.

LA APARICIÓN.

Si os gusta la pasión sincera y sin rodeos, si os gustan las efusiones, las ternezas, la risa, esa risa de las supremas venturas que confina con las lágrimas por un movimiento de labios casi imperceptible; si os placen las joviales locuras de la juventud iluminadas por ojos claros, transparentes hasta el fondo de las almas, hallaréis de todo eso en la mañana de hoy, domingo, en una casa que conocéis, una casa nueva, sita allá lejos, en un extremo de la ciudad. La vitrina colgada al lado de la puerta bri-

lla más que de costumbre. La tabletas colgantes bailan más alegres que nunca, y por las ventanas abiertas salen voces regocijadas, ráfagas de dicha.

—Admitido, ya está admitido... ¡Oh! qué buena fortuna... Enriqueta, Elisa, venid, venid... Ya está admitida la obra de M. Maranne.

Andrés sabe la noticia desde el día antes. Cardailhac, el empresario de Novedades, le llamó para hacerle saber que se iba á montar su drama en seguida y que se estrenaría por todo el siguiente mes. Pasaron la noche hablando de las decoraciones, del reparto, y como al volver del teatro era ya demasiado tarde para llamar á casa de los vecinos, el afortunado autor ha estado espiando el día con impaciencia febril, y en cuanto ha oído pasos en el inferior y que se abrían las persianas chocando con la pared del balcón, ha bajado corriendo á participar la buena nueva á sus amigos. En este momento están reunidos todos, las muchachas de trapillo, sin peinar, y M. Joyeuse, á quien ha sorprendido la irrupción en el momento de afeitarse, luciendo la cara con una mitad afeitada y la otra cubierta de jabón. Pero quien está más fuera de sí es Andrés Maranne, porque ya sabéis lo que para él representa la admisión de su drama y qué es lo que tiene convenido con Mamita. El pobre chico la mira buscando en sus ojos una ayuda; y estos ojos burlones, pero llenos de bondad, parece como que le digan: «Vamos hombre. ¿Qué se pierde con probarlo?» Mira también para cobrar ánimo á Elisa que está linda como una flor y con los ojos fijos en el suelo. Por fin rompiendo de una vez:

—M. Joyeuse, dice en voz ahogada, tengo que comunicaros una cosa muy seria.

M. Joyeuse queda admirado.

—¡Muy seria!... Dios mío, me dais miedo...

Y bajando él también la voz:

—¿Pueden oirlo las señoritas?

Mamita sabe ya de qué se trata. La señorita Elisa es de presumir que lo sospecha. Únicamente las niñas... La señorita Enriqueta y su hermana se ven invitadas á retirarse, como lo hacen al punto, la una con aire majestuoso y resentido como una verdadera nieta de los Saind-

Amand, la otra, la Chinita Yaya, con unas ganas de reirse que apenas logra contener.

Reina entonces profundo silencio. Luego el enamorado comienza á contar su historieta.

Tengo para mí que efectivamente la señorita Elisa sospecha algo, puesto que no bien el joven vecino ha hablado de comunicar un asunto serio, ha sacado ella del bolsillo su manual de historia y se ha ensimismado precipitadamente en las aventuras de cierto sujeto conocido por el *Hutin*, lectura interesantísima que hace temblar el libro entre sus dedos. Y en verdad que hay por qué temblar ante el azoramiento, la indignación estupefacta con que M. Joyeuse acoge la petición de la mano de su hija.

—¿Es posible? ¿Cómo ha sido esto? ¡Qué ocurrencia más rara! ¿Quién había de figurarse una cosa así?

Y de improviso suelta una estrepitosa carcajada. Vamos, fuera disimulo. Hace una porción de tiempo que sabe lo que ocurre, está al corriente de todo...

¡El padre al corriente de todo! ¡De manera que Mamita les ha hecho traición!... Y al observar las miradas de reconvencción que se vuelven hacia ella, la culpable se adelanta sonriendo:

—Sí, amigos míos, he sido yo... El secreto era demasiado pesado. No he podido guardarlo para mí sola... Y además, papá es tan bueno... No se le puede ocultar nada.

Y diciendo esto abraza al papaíto, pero el lugar es capaz para dos, y cuando á su vez la señorita Elisa se refugia en él, queda todavía una mano afectuosa, paternal, tendida al que Mr. Joyeuse considera desde hoy en adelante como un hijo. Apretones silenciosos, ojos conmovidos ó apasionados que se miran con insistencia, minutos afortunados que se quisiera retener para siempre por la frágil punta de sus alas! Y se habla y se bromea apaciblemente al recordar ciertos detalles. M. Joyeuse cuenta que tuvo la primera noticia del secreto por ciertos espíritus golpeadores, un día que estaba solo en casa de Andrés.» ¿Qué tal van los negocios, señor de Maranne?» preguntaban los espíritus, y en ausencia de Maranne, él en persona contestó: «No del todo mal por ahora, señores espíritus.» Y es de ver el aire malicioso con que el

hombrecillo repite: «No del todo mal por ahora...» mientras la señorita Elisa turbada al pensar que era con su padre con quien hacía correos aquel día, desaparece debajo de sus rizos rubios.

Vencida la primera emoción, en voz pausada, la conversación se formaliza. Cierto que la señora Joyeuse, de la familia de Saint-Amand, no hubiera consentido nunca en semejante matrimonio. Andrés Maranne no es rico, ni mucho menos, noble; pero por fortuna, el anciano dependiente no participa del prurito de grandezas de su mujer. Se aman, son jóvenes, honrados y gozán de buena salud; ¿qué mejor dote pueden desear? Así se ahorrarán los derechos de notario. La nueva pareja se instalará en el cuarto de arriba. Se conservará la fotografía á menos que «Revuelta» tenga llenos enormes. (De esto ya se encarga el Soñador.) Á todo evento papá estará siempre allí, tiene una buena colocación en el despacho de su corredor, y mientras el buque pequeño navegue en aguas del mayor, con ayuda del viento, del agua y de la buena estrella, todo irá bien.

Sólo una cosa preocupa á M. Joyeuse: «¿Consentirán en semejante enlace los padres de Andrés? ¿Cómo el doctor Jenkins, tan rico, tan célebre?...

—No hablemos de ese hombre, dice Andrés poniéndose pálido, es un miserable á quien nada debo... Que no me es nada...

Y se detiene algo contrariado por esta explosión de cólera que no ha sabido contener ni puede explicar, y prosigue con más dulzura:

—Mi madre, que viene á verme algunas veces á pesar de tenerlo prohibido, está enterada de nuestros proyectos. Quiere ya á Elisa como á una hija. Ya veréis cuán buena es. ¡Lástima que esté sujeta á un hombre tan malvado, que la tiraniza, que la tortura hasta el extremo de no permitirle que pronuncie el nombre de su hijo!

El pobre Maranne arranca un suspiro que manifiesta claramente lo duro del pesar que oculta en el fondo de su corazón. Pero ¿qué tristeza no cede ante el semblante querido cercado de rubios bucles, y la radiante perspectiva de lo por venir? Resueltas tan importantes cuestio-

nes, ya es hora de abrir la puerta otra vez y llamar á las dos desterradas. Para no llenar aquellas cabecitas de ideas superiores á sus años, se acuerda hacerles saber tan sólo que hay que vestirse y almorzar aprisa para ir á pasar la tarde en el Bosque donde Maranne les leerá su obra, interín llega la hora de ir á Suresnes á comer unos bocados en casa de Kontzen; un programa de delicias en celebridad de la admisión de *Revue* y de otra buena noticia que en su día sabrán.

¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué noticia? preguntan con aire inocentón las dos chiquillas.

Mas si os figuráis que no saben de qué se trata, si creéis que cuando Elisa daba sus tres golpes en el techo pensaban ellas que lo hacía con el principal objeto de informarse de la clientela, entonces ganáis en candidez hasta á papá Joyeuse.

—Nada, nada, una buena noticia... Ahora á vestiros corriendo.

Entonces comienza otra muletilla.

—¿Qué vestido me pondré, Mamita?... ¿El gris?...

—Mamita, falta una brida á mi sombrero.

—Mamita, hija mía, no tengo ninguna corbata almidonada.

Durante diez minutos es un no acabar de idas y venidas, de peticiones á la encantadora Mamita. Una la llama por un lado, otra por otro; ella es quien guarda las llaves de todo, ella quien distribuye la ropa blanca que da gozo ver tan limpia, tan bien planchada, los pañuelos bordados, los guantes finos, toda esa riqueza, que salida de los cartones y de los armarios y esparcida por encima de las camas, difunde por las habitaciones el sereno regocijo del domingo.

Sólo los trabajadores, la gente ocupada, saben lo que es esa alegría que llega cada ocho días, consagrada por la tradición de los pueblos. Para esos prisioneros de toda la semana, el espeso enrjeado del almanaque se entrea-bre á intervalos periódicos en espacios luminosos, en tomas de aire regenerador. Es el domingo, ese día inacabable para los desocupados, para los parisienses de boulevard cuyas manías desconcierta, tan triste para los

expatriados sin familia, y que para una multitud de seres constituye la única recompensa, el objetivo único de los esfuerzos desesperados de seis días de pena. Ni lluvia ni granizo nada les amedrenta, nada les privará de salir, de cerrar tras de sí la puerta del taller desierto, del reducido piso ahogado. Pero si la primavera echa su cuarto á espadas, si, como esta mañana, le alumbrá un sol de mayo, y aparece vestido un sus más risueños colores, ¡oh! el domingo es la fiesta de las fiestas.

Para formarse una idea exacta de lo que es, hay que verle sobre todo en los barrios obreros, en esas calles sombrías que llena de luz, que ensancha cerrando sus tiendas, en los arrabales turbulentos, febriles, por los cuales se le siente cernerse desde la madrugada, reposado y dulce, en el silencio de las fábricas, alegre y vibrante en el ruido de las campanas y en ese silbido agudo de los trenes que llena el horizonte, en todo el circuito de los suburbios, con una especie de canto de marcha y de liberación. Entonces se le comprende y se le ama.

Domingo de París, domingo de los trabajadores y de los humildes, más de una vez he maldicho de ti sin razón, he vertido torrentes de tinta injuriosa sobre tus goces turbulentos y expansivos, sobre el polvo de las estaciones llenas de tus clamores, y los ómnibus disparados que tomas por asalto, sobre tus canciones de ventorrillo paseadas por los carritos de transporte que tú empavesas de telas verdes y color de rosa, sobre tus organillos de Berberia que arrastran su melopea al pie de los balcones de los desiertos 'patios; pero hoy, abjurando mis errores, te ensalzo y te bendigo por la alegría, por el consuelo que das al trabajo honrado y animoso, por las risas de los muchachos que te aclaman, por el orgullo de las madres satisfechas de poner de gala en honor tuyo á sus pequeñuelos, por la dignidad que conservas hasta en las moradas de los más pobres, por el avío glorioso guardado para ti en un rincón de la vetusta cómoda perniquebrada; bendígo, sobre todo, á causa del suplemento de bienestar que aportabas aquella mañana á la gran casa nueva sita en el extremo del viejo arrabal.

Vestido ya todo el mundo, terminado el almuerzo, un

almuerzo tomado con la punta de los dedos—figuraos lo que podrían coger las puntas de los dedos de aquellas muchachas—estaban todos frente al espejo del salón poniéndose los sombreros. Mamita dirigía su ojeada general, prendía un alfiler por aquí, componía un lazo por allá, daba una última mano á la corbata paterna; cuando de pronto, mientras toda aquella caterva se moría de impaciencia, atraída al exterior por la belleza del día, sonó un fuerte campanillazo que venía á turbar la fiesta.

—Si no abriésemos... proponen las pequeñas.

¡Pero qué respiro, que tumulto de alegría al ver entrar al amigo Pablo!

—Venid, venid, hay una buena noticia que daros...

Harto le constaba que la obra había sido admitida. Su trabajo le costara para hacérsela leer á Cardailhac, quien, al ver «líneas cortas,» como llamaba á los versos, quería mandar el manuscrito á la Levantina y su frotador, según solía hacerlo con todos los *osos* del teatro. Pero Pablo se obstuvo de hablar de su intervención. En cuanto al otro acontecimiento, aquel otro de que nadie hablaba á causa de las pequeñas, adivinólo de primera intención al oír el saludo agitado de Maranne, cuya rubia cabellera se mantenía recta sobre su frente á fuerza de ser echada atrás por el poeta, como solía éste hacerlo siempre en sus momentos felices, al ver el porte un tanto embarazoso de Elisa y los aires triunfantes de M. Joyeuse, quien se ponía tieso en su traje de gala llevando escrita en la faz toda la ventura de los suyos.

Sólo Mamita conservaba su apacibilidad de costumbre: pero la solicitud que desplegaba en torno de su hermana denotaba en ella cierto cuidado todavía más tierno, un empeño especial en embellecerla, y era delicioso ver aquellos veinte años adornando á otros veinte, sin envidia, satisfechos, con algo de la dulce abnegación de la madre al festejar el virgen amor de su hija como en memoria de pasadas venturas. Pablo lo veía; es más, sólo él lo veía, pero en medio de su admiración por Alina, preguntábase con tristeza si algún día habría lugar en aquel corazón maternal para otras afecciones que no fuesen las de la familia, para otras preocupaciones ajenas al tran-

quilo y luminoso círculo en que la gentil Mamita presidía la labor de cada noche.

El Amor, como se sabe, es un pobre ciego, privado, por añadidura, del oído y de la palabra, y rigiéndose únicamente por presentimientos, por adivinaciones, por sacudidas nerviosas de enfermo. Y de veras da lástima verle andar errante, á tientas, poner el pie en falso á cada punto, privarse él mismo, gracias á esas torpezas suspicaces de doliente, de cuanto pudiera servirle de apoyo.

En el momento preciso de poner en duda la sensibilidad de Alina, Pablo, que anunciaba á sus amigos su marcha para un viaje de muchos días, tal vez de muchas semanas, no advirtió la repentina palidez de la joven, ni oyó el doloroso grito que escapaba de sus discretos labios:

—¿Os vais?

Partía, sí, iba á Túnez, harto inquieto al pensar que el pobre Nabab iba á verse solo en medio de aquella trailla enfurecida; con todo, la protección de Mora le tranquilizaba hasta cierto punto, y el viaje además era indispensable.

—¿Y la *Territorial*? preguntó el anciano dependiente volviendo á su trece... ¿Cómo queda?... Porque todavía veo el nombre de Jansoulet al frente del Consejo de administración... Conque ¿no podéis sacarle de esa caverna de Ali Babá?... Mucho ojo... mucho ojo...

—¡Ah! M. Joyeuse, hartó lo sé... Mas para salir de allí como se debe, es preciso dinero, mucho dinero, un nuevo sacrificio de dos ó tres millones, y éstos, no los tenemos... Precisament por esto voy á Túnez, á ver si logro sustraer á la rapacidad del Bey un cacho de esa fortuna que detenta tan injustamente... En este instante, queda todavía alguna probabilidad de salir con bien, al paso que más tarde, tal vez...

—Siendo así, id con Dios, querido, y si volvéis con un buen talego, como yo quisiera, entonces pensad antes que en otra cosa alguna en la banda Paganetti. Conque haya un solo accionista menos paciente que lo demás, basta para que todo se vaya al traste. Cuando pienso en esto, añadió M. Joyeuse visiblemente preocupado, hasta me extraña que Hemerlingue, con el odio que os tiene, no se

haya procurado por bajo mano unas cuantas acciones...

Al nombre de Hemerlingue estalló un concierto de maldiciones, de imprecaciones entre toda aquella juventud que aborrecía al grueso banquero así por el mal que había hecho á su padre, como por el que quería hacer al pobre Nabab en quien adoraba toda la familia por los ojos de Pablo de Géry.

—¡Hemerlingue, hombre sin entrañas!... ¡Pilllo!... ¡Malvado!

Pero en medio de todos esos dicterios, el Soñador seguía trabajando en su hipótesis del barón convertido en accionista de la *Territorial* á fin de poder llevar á su enemigo á los tribunales.

Y calcúlese el estupor de Maranne, quien no entendía jota en todo aquel asunto, al ver á M. Joyeuse volverse de cara á él, con el rostro encendido é hinchado, y señalarle con el dedo con estas terribles palabras:

—Aquí el más pilletete sois vos caballero.

—Pero, papá, papá... ¿qué estas diciendo?

—¿Que qué digo?... ¡Ay! es verdad... Perdonad, querido Andrés... Creía que me encontraba en el despacho del juez de instrucción, cara á cara con ese pícaro... Mi diablo de cabeza que siempre se me va á pájaros...

Al oír esto, estalló una carcajada general que escapó por los balcones abiertos y fué á mezclarse con los mil y un ruido de carruajes en marcha y de multitud dominguera que remontaban la avenida de los Ternos, y el autor de *Revuelta*, aprovechando aquel incidente, insinuó que era hora ya de emprender el camino... se hacía tarde... y hallarían ocupado los sitios buenos del Bosque...

—¡Al Bosque de Bolonia en domingo! dijo Pablo de Géry.

—¡Oh! nuestro bosque no es el vuestro, contestó Alina sonriendo... Venid con nosotros, ya veréis.

—¿No se te ha ocurrido nunca, paseante solitario y contemplativo, tenderte de bruces encima de la yerba que alfombra un bosque, en medio de esa vegetación especial, múltiple, variada que brota por entre las hojas caídas del otoño, y espaciar la vista á flor del suelo por el horizonte que ante ella se dilata? Poco á poco va perdiéndose la

noción de la altura, las ramas que los robles entrelazan per cima de la cabeza forman un cielo inaccesible, y debajo del otro va surgiendo como por ensalmo un bosque nuevo que abre sus insondables veredas apenas alumbradas por una claridad verde y misteriosa, formadas de arbustos chiquitines ó cabelludos que rematan en cimas redondeadas con apariencias salvajes ó exóticas, puntas de caña dulce, tiesuras graciosas de palmera, tallos finísimos en cuyo remate oscila una gota de agua, girándulas en las cuales arden lucecitas amarillas que el soplo del viento hace bailar. Y lo más admirable es que debajo de estas leves sombras viven plantas minúsculas y millares de insectos que, vistos tan de cerca, revelan todos los misterios de su existencia. Una hormiga, encorvada, como un leñador, bajo el peso del haz, arrastra una brizna de corteza más gruesa que ella; á tiempo que por encima de una yerba echada á modo de puente de un tronco á otro avanza un escarabajo. Es un bosque minúsculo cobijado por el mayor, demasiado vecino al suelo para que el grande repare en él, demasiado humilde, demasiado oculto para que le alcance su grandiosa orquesta de cantos y de tempestades.

En el Bosque de Bolonia ocurre un fenómeno parecido. Detrás de las avenidas arenadas, regadas y limpias detrás de la admirable decoración que forman los muros de verdura, las aguas aprisionadas, las rocas floridas, brota y rebrota el verdadero bosque, el bosque salvaje, de talleres vigorosos, cruzados por angostos senderos, por arroyuelos susurradores. Aquel es el bosque de los pequeños, el bosque de los humildes, el bosque chico en el bosque grande. Y Pablo, que no conocía del aristocrático parque parisiense más que las largas avenidas, más que el resplandeciente lago entrevisto desde el fondo de un carruaje ó de lo alto de un break de cuatro ruedas al través del polvo de un regreso de Longchamps, se figuraba que veía visiones al encontrarse con el rincón deliciosamente abrigado á que le llevaran sus amigos.

Orilla de él tendíase un estanque en cuyo espejo se miraban unos sauces, cubierto de lentejas acuáticas y de ninfeas, cortado á trechos por anchos ormeses blancos,

tiras de luz que se aplanaban en la resplandeciente superficie y que como con puntas de diamante, rayaban con sus grandes patas las argironetas.

La comitiva se había instalado para escuchar la lectura en los ribazos en declive abrigados ya por una vegetación densa aunque incipiente, y aquel grupo de caras lindas tan atentas, de faldas ahuecadas encima de la yerba, hacía pensar en un Decamerón más inocente y más casto, con una atmósfera más serena. Para completar aquel bienestar del ambiente, aquel aspecto de campiña remota, al través del claro que abrían las ramas divisábanse por la parte de Suresnes dos aspas de molino, á la vez que de la deslumbradora visión de lujo que cruzaba por el fondo de todas las veredas del Bosque no se distinguía más que un rumor confuso é incesante que acababa por no oírse siquiera. Sólo la voz del poeta, elocuente y joven, rasgaba aquella quietud, los versos surgían vibrantes, repetidos en voz baja por otros labios que latían de emoción, saludados por murmullos de aplauso, por estreñecimientos en los pasajes trágicos. Hasta Mamita hubo de enjugarse una gruesa lágrima. Inconvenientes de no llevar en la mano pañuelo bordado.

¡La primera obra!... *Revue* lo era para Andrés, esa primera obra exuberante siempre y de sobras recargada donde el autor vierte de un tirón todo el caudal atrasado de ideas acumuladas como las aguas al pié de un dique, y que acostumbran á ser las más ricas cuando no las mejores de cada escritor. En cuanto al éxito que le aguardaba, difícil era preverlo; y esa misma incertidumbre que pendía sobre la lectura del drama añadía á la emoción intrínseca del mismo la de cada uno de sus oyentes, los votos vestidos de blanco de Elisa, las alucinaciones voladoras de papá Joyeuse y los deseos más positivos de Alina, quien de antemano instalaba la modesta fortuna de su hermana en el nido, juguete de los vientos por la multitud, de un hogar de artistas.

¡Ah! si alguno de esos paseantes que dan por centésima vez la vuelta al lago hubiese venido, rendido por la monotonía de su costumbre, y hubiese apartado las ramas, ¡qué sorpresa al encontrarse con un cuadro como

aquel! Pero así y todo, no hubiera llegado nunca á sospechar lo que en pasión, en ensueños, en poesía, en esperanzas escondía aquel rincón de verdura, no más extenso que la sombra dentellada de un helecho en el musgo.

—Teníais razón, no conocía el Bosque... decía Pablo en voz baja á Alina á quien daba el brazo.

Seguían á la sazón una vereda angosta y cubierta, y, embebecidos en la conversación, iban andando á paso más que regular, muy por delante del resto de la comitiva. Y no era ciertamente porque les atrajesen ni el mirador del tío Kontzen ni sus empanadas fritas. No, los hermosos versos que acababan de oír les habían remontado hasta las nubes, y aún no habían vuelto á bajar. Nunca Pablo se había sentido tan dichoso. Aquel brazo ligero que se posaba en su brazo, aquel andar de niñas por el cual medía el suyo, le hubieran hecho fácil y dulce la vida tanto como el paseo por el musgo de la verde senda. Así se lo hubiera dicho á la joven, sin rodeos, tal cual lo sentía, á no ser por el miedo de asustar aquella confianza de Alina, hija sin duda alguna de que estaba enterada del sentimiento que otra le había inspirado y que parecía ahuyentar de entre ellos toda idea de amor.

De improviso, frente á ellos, allá lejos, en el confín iluminado, apareció un grupo de jinetes, vago é indeciso al principio, mostrando luégo claramente á un hombre y una mujer elegantemente montados que se internaban por la misteriosa vereda al través de las barras de oro, de las sombras follajeadas, de los mil puntos de luz de que estaba sembrado el suelo. El grupo se acercaba lentamente, y los dos jóvenes, que se habían refugiado entre los árboles, pudieron ver pasar junto á ellos, con chasquidos de cuero nuevo y ruido de frenos briosamente tascados y blancos de espuma como después de un gran galope, á dos soberbios corceles montados por una pareja humana apretadamente unida por la angostura del sendero; él sosteniendo con un brazo el esbelto talle modelado en un jubón de paño oscuro, ella con la mano puesta en el hombro del jinete, y su cabeza de perfil, perdida en el tul semi-caído del velo, tiernamente reclinada en él. Aquel enlace amoroso, mecido por la impaciencia de los

caballos retenidos en su fogosidad, aquel peso que enmarañaba las riendas, aquella pasión que de tal modo, á la luz del día, alardeaba de sí misma, con tanto menosprecio del qué dirán, hubieran bastado para denunciar al duque y á Felicia, si el porte altanero y seductor de la amazona y la soltura aristocrática de su compañero, con su palidez ligeramente coloreada por la carrera y por las milagrosas perlas Jenkins, no les hubiesen dado á conocer al primer golpe de visita.

Nada de particular tenía el encontrar á Mora en el Bosque en domingo. Gustábale, al igual que á su amo, dejarse ver de los parisienses, mantener su popularidad entre toda suerte de públicos: además, los domingos iba siempre sin la duquesa, lo cual le permitía hacer un alto con toda tranquilidad en aquel pequeño kiosko de Saint-James conocido de todo París. Pero se necesitaba toda la ligereza de cascos; toda la audacia de una mujer como Felicia para exhibirse de aquel modo, para dar al traste con su reputación por siempre más... Un rumor de pisadas, el roce de las breñas holladas amortecido por el alejamiento, tallos encorvados que se enderezaban otra vez, ramas apartadas que volvían á recobrar su anterior postura. he ahí lo que restaba de aquella aparición.

—¿Habéis visto? dijo Pablo rompiendo el silencio.

Alina lo había visto efectivamente, y á pesar del candor de sus virginales años lo había comprendido, como que el rubor encendía su rostro, una de esas vergüenzas que causan las faltas de las personas á quienes se ama.

«¡Pobre Felicia!» dijo en voz baja, compadeciendo no tan sólo á la infeliz abandonada que acababa de cruzar por delante de ella, sino al propio tiempo á aquel cuyo corazón habría herido mortalmente defeción semejante. La verdad es que á Pablo de Géry no le había sorprendido en lo más mínimo aquel encuentro que venía á justificar sospechas anteriores y el desvío instintivo que sintió por la hechicera en su comida de días atrás. Mas, así y todo, gustábale extraordinariamente ser compadecido por Alina, sentir el apiadamiento de aquella voz que se hacía más tierna, de aquel brazo que se apoyaba con mayor abandono. Y á la manera de los niños que se hacen el

enfermo por el gusto que les dan los mimos maternos, así él dejó á la consoladora que se ingeniase para aliviar su pena, que le hablase de sus hermanos, del Nabab y de su próximo viaje á Túnez, hermoso país á lo que se decía. «Á ver si escribiréis á menudo y cartas extensas sobre las curiosidades del camino y del lugar que habitéis... Porque cuando se puede imaginar el medio en que viven, se alcanza á ver mejor á los que están lejos!» Hablando, hablando, tocaban ya al extremo de la frondosa vereda que desembocaba en un inmenso raso en el cual hervía el tumulto del Bosque, carruajes y jinetes alternados, con la multitud á pie, la cual, hormigueando entre la espesa polvareda, vista á aquella distancia, formaba una masa confusa como la de un rebaño. Pablo, alentado por aquel postrer minuto de soledad, acortaba el paso.

—¿Sabéis en qué estaba pensando? dijo cogiendo la mano de Alina; en que valdría la pena de ser desgraciado con tal de verse consolado por vos. Pero, por dulce que sea para mí vuestra compasión, no puedo seguir consintiendo en que os apiadéis de un mal imaginario... No, mi corazón no está herido, antes vive y con mayor vigor, con mayor fuerza. Y si os dijese el milagro que le ha preservado, el talismán...

Y puso á la vista de Alina un cuadrito ovalado que encerraba un perfil sin sombras, un simple contorno al lápiz, en el cual se reconoció á sí propia, sorprendida de verse tan linda, como reflejada en el espejo mágico del amor. Sus ojos se llenaron de lágrimas sin que supiese el por qué, manantial alumbrado cuyos embates azotaban su pudoroso pecho. Pablo prosiguió:

—Este retrato me pertenece. Ha sido hecho para mí... Sin embargo, en el momento de partir, he sentido escrúpulos... No quiero guardarlo como no venga de vuestra mano... Tomadlo, pues, y si halláis un amigo más digno, alguien que os ame con amor más profundo, más leal que el mío, consiento en que se lo deis.

Alina había vuelto en sí de su turbación, y mirando de hito en hito á de Géry con ternura sería:

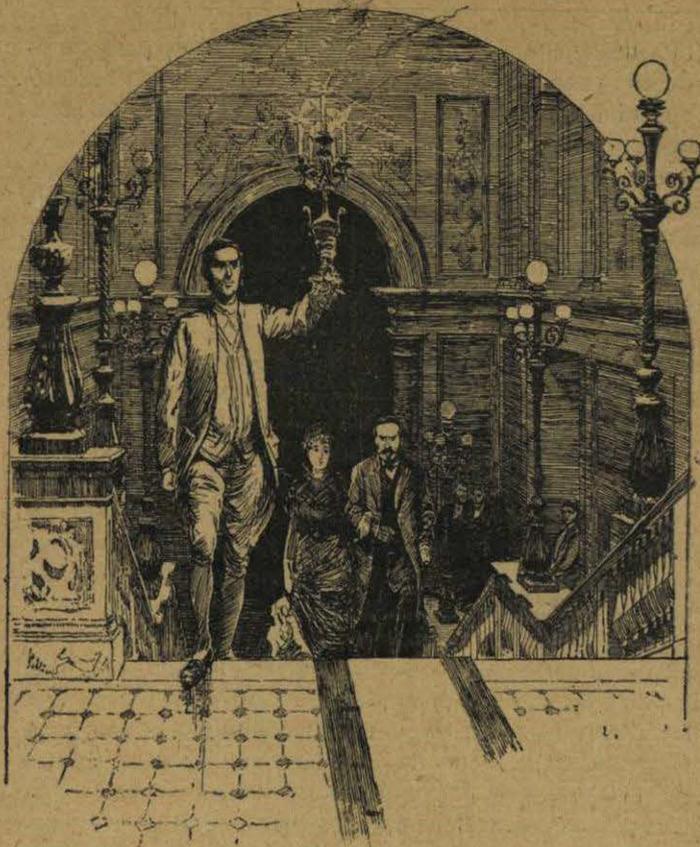
—Si no escuchase más que á mi corazón, no dudaría en contestaros, porque si vos me amáis, como decís, creo

que también os amo yo á vos... Pero no soy libre, no estoy sola en el mundo... y si no, mirad...

Y señalaba á su padre y á sus hermanas que les hacían señas de lejos y apretaban el paso á fin de alcanzarles.

—¡Pues bien! ¿y yo? dijo Pablo con viveza... ¿Acaso no pesan sobre mí idénticos deberes, idénticas cargas? Somos como dos viudos con hijos... ¿Queréis amar á los míos tanto como yo amo á los vuestros?

—¿De veras?... ¿No me engaáis? ¿Dejaréis que siga á su lado?... ¿Seré Alina para vos, y seguiré siendo la Mamita para nuestros hijos? ¡Oh! en tal caso, añadió la adorable muchacha radiante de gozo y de luz, ahí tenéis mi retrato, yo os lo doy... Y con él, y por siempre, mi alma entera...



XVIII

LAS PERLAS JENKINS.

Siete ú ocho días después del lance con Moëssard, complicación añadida á las mil y una en que estaban metidos sus asuntos, Jansoulet, un jueves, al salir de la Cámara, se hizo llevar al palacio de Mora. No había puesto los piés en él desde la algarada de la calle Real, y la idea de encontrarse en presencia del duque hacía circular por debajo de su recia epidermis algo como el pavor que agi-